

Itinerario de Manuel González Prada

La figura de Manuel González Prada ha sido detenidamente vista a través de sus múltiples y cada vez más sugestivos ángulos de ensayista, poeta, filósofo, político. A través de todos ellos ha quedado perennizado el "insatisfecho". No en la mera acepción frívola del vocablo, sino en la más alta y noble expresión. Buscador de la verdad, avizor de alguna meta siempre lejana, pero siempre deseable, Prada no se sació jamás en señalar el mal, ni en ahondar en la verdad; no se hartó —en su larga vida de apóstol— de tratar de conseguir fórmulas de adecuada confrontación del hombre con la Naturaleza, latiéndole, sin embargo, la angustiosa duda de no alcanzarlas jamás. Y, así, su obra fué una consumación de sus propias pasajeras verdades. Martirio: heroico y nunca bien reconocido martirio de este hombre de letras en persecución de una verdad inalcanzable. Martirio al que él hubiera sometido a todos los hombres si le fuera necesario y posible.

“Decirlo todo sin disfraz, ni velo,
decirlo sin empacho y sin rubor.
Y ¡que la plebe de las almas ruja!
¡Que haga el volcán de necios explosión!

Si una verdad guardara yo en mis manos
y esa verdad oscureciera el sol
y en un desierto convirtiera al mundo
¡Mis manos abriría yo!"

Esa fué la razón de sus contradicciones, de sus contrasentidos, de sus abandonos. Cada verdad se iba quemando entre sus dedos; y deleznable materia al fin, no servía ya para nuevas y concretas aspiraciones.

Las creencias que formaron su niñez: aristocracia, religión, eslabones de una concepción familiar conservadora, se esfumaron pronto bajo un agobiador raciocinio precoz ¡Cómo se irían derrumbando en sucesivos cataclismos de ideas! Y surgieron materiales puros, desprendidos de toda vieja raíz, al influjo de un disciplinado estudio, de una concienzuda indagación de los problemas fundamentales de la vida. Reaccionó contra las enseñanzas y contra el medio.

"Una sola cosa debemos a nuestros semejantes: la verdad; por lo demás siendo irrefregables como un axioma, podemos ser violentos como una tempestad".

Y violento fué ante la injusticia de los maestros; violento en escaparse del Seminario; violento en no terminar su carrera de abogado por el caduco Derecho romano; violento en romper la tradición familiar de los González de Prada para ser simplemente G. Prada a los 20 años; violento contra la repetida copia de la literatura española en los países de América. En sucesivas violencias "meditadas", en sucesivas destrucciones de verdades que no las sentía propias, trascurrieron los años juveniles. Pero cada rebeldía tiene un tributo que pagar. Al deshacerse de su mundo religioso, al romper una costra de ideas filosóficas, para seguir a Demócrito

en su construcción y destrucción de átomos, a Lucrecio en su exaltación de la materia, quedaron atormentando, sin salir a la superficie, las antiguas concepciones. De allí su ahondamiento en el estudio de la muerte. De allí su mal disimulada angustia. Tras un aparente dogmatismo surgía el poeta debatiéndose entre la muerte y la inmortalidad. Su razón lo llevaba al convencimiento de que sólo la ciencia podía abrirle el camino de la verdad, pero el subconciente, cargado de viejas pesadillas, lo transportaba a la inquietud artística y a la lacerante idea de que la vida no era sino una tragedia. Contra ella, contra el mundo de fantasmas, que sin duda lo atormentaban en las horas de recogimiento, González Prada levantó una barricada de ideas. Pero todas ellas llevaban palpitando la emoción de la lucha interior. Aceptó la vida como un hecho, como un fenómeno, pero tuvo palabras para decir que el hombre "puñado de polvo que la casualidad reúne y la casualidad dispersa" no tiene sino dos verdades: "la pesadilla amarga de la existencia y el hecho brutal de la muerte". Perdía la serenidad, la contemplación de la vida tranquila y jugosa que tenían los pensadores áticos; sentía que lo agujijoneaban recónditas intranquilidades y fortalecía un lenguaje plástico con las mismas contradicciones que bullían dentro. Brote magnífico fué, así, su poesía al lado de una prosa elocuente y rotunda.

Manuel González Prada y Ulloa había nacido en Lima, el 6 de enero de 1848 y a los 16 años componía ya su primera obra: una página teatral titulada "Amor y Pobreza". Traducía, por el mismo tiempo, "La Desgracia de los Nibelungos", que dejan en su tormentosa formación interior la fuerza de la pasión de Crimilda y el arrebatado noble de Sigfrido. Comienza la producción poética. Influencia primero de los románticos alemanes. Más tar-

de, de los románticos franceses. Son confidencias para consigo mismo; estudio de las formas ajenas al relato de los versificadores españoles: triolet, rondel, balada. Lo seduce la intimidad, el coloquio y recoge el momento becqueriano. El romanticismo está quebrándose. Heine representa un paso hacia el realismo, hacia la mueca criticista, junto a la armonía de un pequeño grupo de palabras. Manuel González Prada va siguiendo esta línea que lleva la poesía hacia el espíritu cientificista del positivismo, bajo los corrientes del perfeccionamiento parnasiano. En "El Correo del Perú", de Manuel Trinidad Pérez, se recogen algunos poemas de Prada, aún oscilante entre el romanticismo de los *lieder* y las nuevas manifestaciones parnasianas nacidas al calor de la literatura de Leconte de L'Isle. Por otra parte, el diario "El Nacional" recoge sus primeras lecciones duras de crítica política y social, aunándose a la tarea de algunos prominentes hombres de letras del Club Literario que estudian las nuevas manifestaciones filosóficas y la crisis del romanticismo. El siente cruzar hondo el tropel de ideas rebeldes. Y quiere, tal vez por ello, ver de cerca los resultados de un terremoto acaecido en Arequipa; palpar las consecuencias de las sacudidas violentas de la Naturaleza. También dentro de él la lava forjaba, entonces, su salida.

"El Parnaso Peruano" publicado por Cortéz en Valparaíso, en 1871, recogió algunos poemas de Manuel G. Prada con la siguiente glosa:

"Poeta por temperamento, ha escrito cuanto ha sentido y ha escrito para dar pábulo a su corazón, sin ir en busca del aura popular, sin lanzarse a la popularidad tras un aplauso o una felicitación. Esto explica la parsimonia con que ha dado a la publicidad sus producciones".

Y es que en realidad, Prada estaba pugnando por alcanzar contenido y forma. Pocos en el Perú se preparon como él para una obra doctrinaria y literaria. Alcanzó un vasto conocimiento de literatos y pensadores orientales, europeos y americanos. Buscó, después, en la Ciencia la razón suprema de todo resultado. Fué, por eso, guía, conductor de una larga sucesión de generaciones literarias, que si bien no reconocian toda su dirección, en el fondo trataban de acompasar su tarea con las bases del pensamiento y de la acción de Prada. Los años pasados en el campo—ya en las cercanías de Lima, ya en Mala—sirvieron de amable retiro para sus estudios,—de viviente lección diaria—y le proporcionaron muchas horas para escribir con calma. Tuvo un contacto directo con el peonaje y también aquello sirvió para nuevos aguijones de la crítica. Y si la estancia fué marco de sus “Baladas Indígenas” fué, asimismo, campo de observación para su estudio “Nuestros Indios”. En esos años creció el demoledor al lado del poeta.

González Prada estuvo en la defensa del fuerte “El Pino” en la línea de Miraflores, cuando la Guerra del Pacífico trajo a nuestra tierra días de sangre y derrota. Ante la ocupación chilena, se mantuvo encerrado en su residencia, sin pisar la calle. De aquella época son sus sainetes y sus letrillas. Recordaba en el forzado encierro a Pardo y Aliaga paralítico. “Cuartos para hombres vacíos”, “Escenas Nocturnas”, “El Cometa de 1882”, “La máquina de volar”, “Chino, doctora y doctor”, “La Redención de la Mujer o la Dama de los Tomates”, “Mijiganga”, constituyen distracciones del escritor frente a lo duramente inevitable, frente a los desgarramientos de aquella hora de abatimiento, de pesar por la suerte de la nacionalidad herida. Ya barruntaba interiormente la necesidad de luchar por una reacción nacional. Nació el

acusador de los dirigentes de un país embarrancado, el predicador de una Patria desgarrada por las luchas intestinas y por la acción armada del vecino. Desde este momento es que Prada cobró relieve. Y se anticipa a la acción de los intelectuales españoles de la generación del 98. Como ellos está con lacerante herida abierta y lo mueven a la obra el “desastre nacional” y la preocupación por los males de la humanidad. Como ellos está dispuesto a trástocar las viejas formas literarias por otras nuevas. La literatura está acondicionada por el proceso histórico. Hay un “que hacer” fundamental en aquellos instantes. Para Grau tiene la primera palabra y en ella se columbra un pensamiento revanchista, similar al que mantenían los intelectuales franceses después del 70.

“El futuro monumento de Grau ostentará en su parte más encumbrada un coloso en ademán de extender el brazo derecho hacia los mares del Sur”.

A la vez está patente, y ya desde aquí siempre activa, la quemante crítica contra las clases dirigentes del país:

«Jorge Puccinelli Converso»

“En la guerra con Chile no sólo derramamos la sangre, exhibimos la lepra”.

Eso en cuanto al problema nacional en sí. En cuanto al problema literario, su artículo de Hugo define posiciones. Mantiene calor por Víctor Hugo —romántico, salvado del ataque parnasiano y realista— por haber pasado de la monarquía al liberalismo y de aquí a un sentimental socialismo de epidermis, que se traslucía en sus obras de acercamiento a los humildes y a los menesterosos. Prada lo ensalza con metáfora que recuerde a Choquehuanca:

“La figura ideal de Víctor Hugo irá creciendo en proporción a la distancia que la separe de nosotros”.

Con aquella pasión criticista y con la esperanza de una revolución literaria del país, es que Prada comienza su tarea en el “Círculo Literario”, donde anuncia la posibilidad de una literatura radical. La impetuosidad del “Sturm Und Drang” pre-romántico se transformó en él bajo los nuevos ideales del positivismo, que barnizó con dedicaciones científicas a todos los intelectuales. Muerto Márquez, el fundador de esa agrupación renovadora, Prada quedó como ganfalonero y se convirtió en el portavoz de todas las inquietudes de avanzada. Ya decíamos en un estudio sobre la novela realista en el Perú:

“En la resuelta y decidida corriente de la generación González Prada se encuentra el positivo paso de un nuevo Perú literario. La marca es grave y fecunda. Alrededor del combatido apóstol del “Círculo Literario” está la personificación de la cultura peruana de nuestra post-guerra”.

Y más adelante completábamos aquella frase con aquesta otra:

“Al referirme a su tiempo —al de Prada— tengo que señalar su decidida importancia y su innegable influencia. Gouyau, Menard, Nietzche se dejaron sentir a través de él. Y mantuvo el aliento de un Perú en crisis político e ideológico. Ya José de la Riva Agüero en su “Carácter de la Literatura Independiente” —que responde a otra época del autor— y especialmente el “Don Manuel” de Luis Alberto Sánchez” han presentado la recia y discutida personalidad de González Prada. En lacerante y destructiva frase mantuvo, desde

las brillantes horas del "Politeama", un estado especial de efervescencia que provocó el panfleto y la crítica de nuestra sociedad".

Dos fueron, así, sus nortes: la escuela científica y cultorana con su escuela de realismo, y la diatriba dentro del fenómeno político y social. Con respecto al primero, Prada decía: "Si un autor sale de su tiempo ha de ser para adivinar las cosas futuras, no para desenterrar ideas y palabras muertas". Con respecto al segundo: "La guerra civil termina lo que la invasión empieza". Con estas dos orientaciones nació el Partido Radical de la Literatura que devino en verdadero partido político con la "Unión Nacional".

El año 1887 fué para Prada de muerte y resurgimiento. La muerte de la madre y el matrimonio con Adriana de Verneuil, compañera perenne, germen de muchas obras y de muchas horas tranquilas al lado de los gorriones, de los perros y de la neblina de la casa de Puerta Falsa del Teatro. Muerte e inmortalidad volvieron a zumbar una detrás de otra. Y después, nuevamente a la acción en medio de un mundo hostil.

«Jorge Puccinelli Converso»

Contra la muerte puso de contrapeso la acción:

"Muertos no son los que en la tumba fría
La paz disfrutan de envidiable calma
Muertos son los que tienen muerta el alma
y viven todavía.....

Era necesario demoler y a ello se concreta Prada. Su obra es eminente demoledora. En el Politeama desde aquel sonado 29 de julio de 1888; en el Círculo Literario, en "Germinal", "La Luz Eléctrica" y "El Bien Público"; a tra-

vés de la frase erudita, de la cita precisa, pero también a través del giro resonante, de la frase hecha estatua, al decir de Lora y Lora, de la pasión quemante, del fulgor de la metáfora; a través de todo ello, Prada demolió. Destruyó valientemente. "O combatientes o esclavos". Pero le faltó fé. Le faltó confianza en una organización tal o cual. No tenía sistema político. De allí la diferencia entre Prada y Mariátegui. Diferencia entre el desgarramiento de las contradicciones y la alegría de una fé por encima de los sufrimientos corporales. Prada, sin motivo aparente, luchaba con su escepticismo a cuestas. Mariátegui, con su doblegado organismo, supo apuntalar una esperanza y a ella se cogió.

Por eso cuando Prada no sabía si ser o no ser caudillo de las nuevas ideas; si seguir combatiendo peligrosamente sin llegar a una meta, o dejar el camino a los demás, es que decidió el viaje. Y allá en Europa tuvo felizmente admirable serenidad de sentirse estudiante con más de 40 años de vida y con una aureola política literaria sobre sí.

En París publica una recopilación de discursos y ensayos bajo el título de "Páginas Libres". Allí está su conferencia en el Ateneo, llena de enjundia crítica, con profundo conocimiento de la literatura europea, y con claras ideas sobre el porvenir de las letras en el Perú. También su discurso en el entierro de Márquez, donde está patente su dolorosa concepción de la vida, el transitorio y trágico destino del hombre. Está su aguerrida plataforma revanchista; su convicción laica; su devoción por Vigil; su admiración por Grau; sus ataques a Castelar y a Valera; su visión de Hugo; su ingreso en el mundo de la duda de Renán. Piedra angular de su talento literario está también su conocidísimo ensayo: "Notas acerca del idioma", clave de su lenguaje fuerte, den-

tro de un clasicismo que recuerda a Quevedo y de una rebeldía que se adelanta a los versos indianistas de Chocano.

“Aquí, en América y en nuestro siglo, necesitamos una lengua condensada, jugosa y alimenticia, como extracto de carne; una lengua fecunda, como riego en tierra de labor; una lengua que desenvuelva períodos con el estruendo y valentía de las olas en la playa; una lengua democrática que no se arredre con nombres propios, ni con frases crudas como juramento de soldado; una lengua, en fin, donde se perciba el golpe del martillo en el yunque, el estridor de la locomotora en el riel, la fulguración de la luz en el foco eléctrico y hasta el olor del ácido fénico, el humo de la chimenea o el chirrido de la polea en el eje”.

En su libro de poemas “Miniaturas”, que edita cariñosamente su esposa, 1901, se encuentra íntegramente al poeta. Entre las dos corrientes que se formaron como reacción contra el romanticismo: parnasianismo y simbolismo, Prada se declara parnasiano. Lo obsesiona la forma, lo deleita la utilidad de la ciencia aplicada al arte; no se pierde en la revolución de esencias que significa el sueño de Baudelaire o de Verlaine, a quien censura. Se adelanta sí, en lo formal, a ciertas modificaciones métricas del modernismo y es así precursor de él, por más que lo niegue Torres Rioseco. Precursor al igual que Martí, aunque fuera personalísimo en el estilo, o tal vez por ello mismo. Y antecesor del modernismo, se confunde una vez más con la generación de Unamuno y de Machado que en España hundió las manos de lleno en la corriente modernista.

“Muchas de las innovaciones métricas en Darío, Silva y Herrera Reissig—dice Sánchez— aparecen en los versos

inéditos de González Prada con fecha muy anterior a estos. Su ningún amor a la publicidad tiene no poca culpa de que no se le haya colocado aún en el sitio que le aguarda el Parnaso americano. Pero ese día amanece ya”.

Más que el sentido innovador, es de admirar en Prada la perfección del giro, el lenguaje siempre en permanente vivencia. Ya en un “rispetto”:

¡Felices de los muertos! Ya no miran
la luz traidora de unos claros ojos.
¡Felices de los muertos! Ya no aspiran
dulce veneno en unos labios rojos.
¡Felices de los muertos! Ya no sienten
voces que halagan y halagando mienten
¡Felices de los muertos! Ya no lloran
ni vanamente compasión imploran.
¡Felices de los muertos! Ya olvidaron
y de penar y combatir cesaron.

Ya en “Ritmo Soñado”, reproducción bárbara del metro alkmanico, como la tituló Prada:

“Sueño con ritmos domados al yugo de rígido acento,
libres del rudo carcán de la rima.
Ritmos sedosos que efloran la idea, cual plumas de un cisne
rozan el agua tranquila de un lago,
Ritmos que arrullen con fuentes y ríos y en Sol de apoteosis
vuelen con alas de nube y alondra.
Ritmos que encierran dulzor de panales, susurro de abejas,
fuego de auroras y nieve de ocasos.
Ritmos que en griego crisol atesoren sonrojos de virgen,
leche de lirios y sangre de rosas.

Ritmos, oh amada, que envuelvan tu pecho, cual lianas tupidas cubren de verdes cadenas al árbol”.

En los triolets, en las baladas—que hablan de su atracción por Heine—en todas ellas está presidiendo un acento sonoro, para ser entendido por todos, sin rodeos; “hablar simple y sencillo” como a Montaigne le gustaba; con la vehemencia que él pedía y que Prada relievra en su ensayo sobre el idioma, pero a la vez con una delicada nota de lirismo. En la poesía, como ya dijimos, refugiaba su hondura artística el panfletario.

Para el tiempo que se edita “Miniaturas”, Prada empapado de ideales anarquistas se acerca al elemento obrero. “La Unión Nacional”, su vieja agrupación radical, ha entrado en componendas políticas y él, ideólogo recalcitrante, se aleja de la acción para continuar sólo su prédica. “El Intelectual y el Obrero”, muestra claramente la nueva posición de Prada. Hay belleza al comenzar con aquellos versos que son una parábola de gañán y el poeta: “Tan fecunda tu labor como la mía; los granos de trigo alimentan el cuerpo, las canciones del poeta regocijan y nutren el alma”.

Bajo el ropaje universalista lo anima aún el revanchismo. En tanto llegue la desaparición de las fronteras hay que odiar al vencedor de la contienda del Pacífico, según él. Su espíritu anárquico se manifiesta a través de sentencias como aquella tan conocida de: “El soplo de rebeldía que remueve hoy a las multitudes viene de pensadores o solitarios”. No quería creer que, por el contrario, la acción cunde en las organizaciones, en la comunidad de ideales. Y cuando pensaba que estaba laborando por la sociedad estaba rumiando un revolucionario individualismo.

La acción demoleadora de Prada, la acción criticista, su

vibrante fuerza de combate están sintetizadas en "Horas de lucha" publicada en 1908. En sucesivos cuadros, llenos de imprecaciones, con el tremante eco del Apocalipsis, pero a la vez con bisturí de cirujano, Prada repasa a "nuestros conservadores"; a "nuestra aristocracia"; a los emigrantes; a los hombres de "nuestro periodismo", "mientras uno se acuesta montañés y se levanta girondino, el otro se duerme autocrático y se despierta anarquista"; a nuestros legisladores; a los hombres públicos que unas veces son para él "beduinos" y otras "ventrales". Viene a constituir esta obra, apasionado estudio de los más diferentes aspectos de la vida social y política. La reacción contra este libro fué grande. González Prada estaba ya acostumbrado a ver quemar su efigie.

Y volvió nuevamente sus ojos al artista que llevaba dentro. Siempre este flujo y reflujo. Publicó "Presbiterianas", en 1909, atacando la clerecía, pero poco después "Exóticas", en 1911, con la pregunta lacerante: ¿Adónde vamos?.....

El verso pulido, corregido una y más veces:

"Orgullo con las frentes orgullosas
bondad con las entrañas bondadosas:
esa la ley constante de mi vida;
sólo me inclino a recoger las rosas.

El poeta recordaba, en la figura, a Martí, señora gloria de una América en marcha.

Alrededor de Prada asomaban ya los hombres de Colónida. Los simbolistas del Perú con Eguren, con Enrique Bustamante y Ballivián. Preñados los ojos de nuevas formas, cargados de una efectiva esencia lírica: Valdelomar, Ureta. Nuevos pensadores: Zulen, Mariátegui. Y aunque apartados de él en ciertos aspectos, rondaban aún los viejos radicales.

Manuel González Prada resume los años de su vida como Bibliotecario. La Pasión por la cultura que había animado a todos los positivistas venía a constituir la base de toda acción política. Y González Prada quiere realizar parte de esa labor desde la Biblioteca. El pensamiento universal al alcance del pueblo. Años de pasiones encendidas, en los que Prada continúa siendo joven, inconforme, rebelde. Su artículo "Los Viejos" exhibe claramente su actitud permanente ante la vida. Y así murió el 22 de julio de 1918.

En 1922, Ventura García Calderón publicó en París una selección de sus "Minúsculas" y "Exóticas". Y en 1928, se reprodujo en Lima "Minúsculas". Se acentuaba en tonalidad poética. Luego vino una reproducción de "Horas de Lucha", en 1924; Luis Alberto Sánchez estudia con veneración al Maestro y ofrece "Don Manuel". Más tarde continúa inquietamente su labor de descubrir íntegramente a Prada y en Ercilla edita, en Chile, "Nuevas Páginas Libres", recolección de artículos, prólogos y ensayos, muchos de ellos inéditos. En el aspecto religioso: "Jesucristo y su doctrina", "Catolicismo y Ciencia", "Un rato de filosofía"... muestran nuevamente el tono racionalista, el encuadramiento de Prada dentro de la filosofía positivista del siglo XIX. Al lado de ellos está el estudio de "La Poesía", crítica que recuerda aquel estudio realista de la Carbonera publicado en "El Correo del Perú" bajo el mismo título de "La Poesía", pero con mayor vuelo, con indudable prestancia; también, un interesantísimo estudio sobre "El Verso de Nuevas Sílabas" y prólogos a la poesía de Mérida y de José Santos Chocano, llenos de la política radical de la Literatura que él delineara en el "Círculo Literario". En 1938 aparece en París, "Figuras y Figurones", con un prólogo de Rufino Blanco Fombona, el mismo vigoroso escritor venezolano que prologara la

edición de "Páginas Libres", hecha en Madrid en 1915. Y otra vez en el campo poético, se editan "Trozos de Vida" en París, "Baladas Peruanas", en Chile y "Grafitos" con prólogo de su hijo Alfredo González Prada también en la capital de Francia, en la misma imprenta de Louis Bellenand. Las "Baladas" muestran tendencia vernacular, sólo que Prada europeizante en su formación, nos ofrece un elemento indígena que recuerda los indios pintados por los artistas del siglo XIX. "Grafitos" es una interesantísima colección de poesía epigramática, con sabor indudable, con ironía manifiesta. Asoma el caluroso escepticismo de siempre:

"Dulce y feroz Naturaleza
ya bendecida, ya exceda,
si eres la madre que nos crea
eres el monstruo que nos mata.

Somos la ciega máquina impulsada
por viejos, ancestrales egoismos.
Al abraza a la mujer amada,
nos abrazamos a nosotros mismos.

«Jorge Puccinelli Converso»

"Pequeños poemas —dice Alfredo G. Prada— al capricho de la ocurrencia y con la espontaneidad con que las inscripciones, dibujos, caricaturas y garabatos aparecen trazados sobre los muros de los edificios antiguos".

Gracias a la tesonera labor de su hijo Alfredo y de la esposa, de éste prematuramente desaparecidos, se ha editado "Tonel de Diógenes", que muestra aspectos fragmentarios de la obra demoleadora de Prado.

Manuel González Prada "se caracterizaba por la disidencia y la insatisfacción", ha dicho Federico de Onís. Es esa la clave de la acción del ensayista. Contradictorio: era

intrínsecamente retraído, apolítico y aristocrático y aparecía conductor de multitudes, vibrante agitador. De la fé nacional, del revanchismo, vira hacia un anarquismo internacional donde mantiene invívita su palabra de condenación al agresor. Mañach explica sus contradicciones como resultado de un emotivo del racionalismo. Y añade:

“Mariátegui tuvo ya la perspicacia de advertir que estaba mucho más cerca del siglo XVII, es decir del racionalismo pre-romántico que del positivismo de su época, por más que de éste tomara acentos y actitudes”. “Teme la incertidumbre —ha manifestado también Mariátegui— y añadimos: señal de que la sentía dentro de sí”. Pero por otra parte, se ha señalado que se adelantó a su sino histórico y que “madrugó en exceso”. Prada, ante todo, cumplió su papel criticista, con una envergadura moral y una fuerza en el lenguaje, verdaderamente singulares.

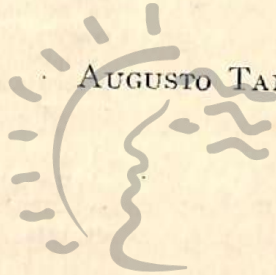
“Sacrificando la sensibilidad estética al deber moral, lo individual a lo público, puso magisterio de austeridad y entereza y vivió y murió en desvelo constante oteando los caminos por donde hoy marcha la generación hija de su rebeldía”, concluye en su ensayo Mañach.

Y Manuel Beltroy resume los caracteres del escritor con esta frase:

“Discípulo de Renán y de Taine, alumno de Gracián y de Quevedo, al tiempo que aplica la ciencia histórica de los primeros y sutil crítica de los segundos al estudio y curación de nuestros males nacionales, renueva y reverdece la lengua y la literatura patrias. Y así descuella en el umbral de nuestro Novecientos con la noble severidad del sociólogo y la hermosura olímpica del poeta”.

Al recordar a Prada se relievra su innegable valentía en un medio donde la pusilanimidad es tradicional. El verdade-

ro patriotismo lo comprendió él, dentro del deber de señalar las llagas de nuestra sociedad, a fin de hacer una nación para nuestros hijos y no una recreación del pasado. Recuerda el escritor de este ensayo, con verdadera satisfacción, que ese valor de Prada como conductor de una generación que observó el Perú, que se ahondó en el Perú, fué defendido por él, al sustentar su tesis sobre la novela realista en nuestro país, que fué fruto de ese ahincamiento en la médula de nuestra nacionalidad. Prada derrumbó viejos mitos y le tocó a Mariátegui levantar nuevas creencias para una efectiva peruanización del Perú. Destrucción y construcción lógicas dentro del proceso de la historia.



AUGUSTO TAMAYO VARGAS.

Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

